

Alma y deporte

Las cosas claras

Por J. RIBA



El deporte es un medio y no un fin; pero este medio ofrece unos valores físico-morales que deben ser aprovechados, y solo lo serán si el deporte se hermana con la religión, que lo provee de un ideal que lo disciplina, enaltece y sublima, librándole de todo lo que sea grosera materialidad y alejando la sorda especulación comercial que muchas veces pesa sobre los deportistas.

Y a pesar de todo no puede negarse que existe en ciertos medios deportivos, una deplorable aversión e incompreensión, y hasta una hostilidad solapada, ante el fatuo temor de intromisión de la idea religiosa en el ambiente deportivo, pues no deben concebirse la religión y el deporte como enemigos, tratando de eliminarse como dos rivales para alcanzar la supremacía sobre la juventud, pues no hay motivo para un real antagonismo.

Además, el deporte despojado de toda preocupación moral, ajeno a la saludable influencia de la religión lejos de constituir un poderoso medio de educación se convierte en sepulturero de toda cultura y de toda civilización, y quizás haya algún lector que de esta verdad conozca botones de muestra.

En que el deporte sin religión es causa de ruina física y moral, están de acuerdo en afirmarlo todos los jefes y dirigentes deportivos clarividentes que aspiran a la sana y recta educación de la juventud.

«El deporte — escribe el P. Bickel, apóstol del deporte cristiano — puede y debe servir al hombre, pero el hombre, al menos de cometer un grave atentado contra su dignidad no debe dejarse esclavizar por él. Una noble finalidad debe influenciar al deporte, como

el alma influencia al cuerpo y lo vivifica, y así comprendido y practicado, puede y debe ser un elemento para conseguir el ideal supremo de la perfección cristiana».

La atrayente seducción que el deporte ejerce sobre la juventud moderna, acarrea el peligro de ser concebido como a un dios exigente, al que miles de jóvenes de uno y otro sexo ofrecen en sacrificio, lo mejor de su tiempo, lo mejor de sus fuerzas, y mucho de su sangre y de su salud. El deporte no debe convertirse en tirano, arrogándose pretensiones absolutas sobre la vida, y en grave perjuicio de los deberes profesionales, de la moral, y de la dignidad humana.

Aquí como en todas partes la prudencia es enemiga de todos los excesos, regulando un pleno equilibrio de todas nuestras facultades.

A través de su ruta histórica es donde mejor puede ser apreciado que el deporte sin moral degenera en bancarrota, obligando a algunos monarcas, ya en la Edad Media, a prohibir el deporte en sus reinos como única manera de evitar los excesos cometidos.

En nuestros tiempos el profesionalismo deportivo ha exacerbado el materialismo del deporte, y actuando desprovisto de toda idea educativa, de toda finalidad moral, de todo ideal que este por encima del beneficio económico, como lo que interesa es el resultado, se tienen por buenos todos los medios para conseguirlo.

Y sería tarea ociosa aducir ejemplos para confirmar las anteriores aseveraciones, pues la prensa cuida de referirnos hechos de esta índole, con sobrada frecuencia, quedando patente que siempre será loable el imponer una bienhechora reacción, dando al deporte la noble orientación que únicamente dimana de la moral católica.

A la vista de Dios y a la del espíritu de nuestros héroes, desde el Cid hasta Franco, anota tu pensamiento y tu sentir que, constituyendo tu actuación futura al servicio de España sea el testamento que legues a tus hijos para que continúen tu obra en la forja de la grandeza de esta tu Patria y suya para que la adores sobre todas las cosas.

(Consejos al soldado en campaña por el general Orgaz)